

Decididamente Pablo permanecerá en París hasta el mes de septiembre; pero ¿es esta su última decisión? Tengo, no obstante la esperanza de que no cambie.

XXVI

París, 18 septiembre 1862.

Amigos míos:

El sol brilla y estoy encerrado. Miro desde hace una hora á los albañiles que trabajan en frente de mi ventana; van, vienen, suben, bajan y parecen muy felices. Estoy sentado, contando los minutos que faltan para las seis. ¡Ah! ¡maldita tristeza! este es el estribillo de todas mis canciones.

He comenzado para mí mayor inquietud, un poema sobre Juana de Arco. Jamás asunto alguno ha presentado para mí parecidas dificultades, tanto más cuanto que lo he tomado desde un punto de vista que excluye las banalidades ordinarias. Quiero crear una Juana sencilla, que hable como debe de hablar una jovencita; nada de grandes palabras, nada de exclamaciones, de lirismo más ó menos en su lugar; una narración grande en su sencillez, un verso sobrio que diga claramente lo que quiere decir. ¿No es esto una modesta ambición? Quanto más avanzo con más gusto voy aceptando á Moliere como maestro; el sol, la luna, las flores, etc., son, sin duda bellos, pero un pensamiento verdadero, dicho sin énfasis, tiene también su mérito. Creo que decididamente vuelvo al verso cómico; trabajaría sin duda para el teatro; pero no quiero escribir nada para la escena antes de los veintiocho ó treinta años. Hasta entonces; acabemos de cansarnos de epítetos ociosos, de retazos de efecto, de antítesis aullando en su acoplamiento. Hagamos poemas líricos en espera de algo mejor.—Juan me atormenta seguramente; acabaré por sacar alguna cosa de esta idea; pero me preparo veladas tempestuosas. Cuando venga Baille, podré someter á su aprobación al

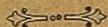
gunos fragmentos terminados del poema; marchó muy lentamente. Me encuentro en un día de esperanza. Hay tantos imbéciles, que es fácil salir del montón, por poco inteligente que se sea. Tengamos energía y trabajemos. Luego, esta mañana, fumando una pipa al sol mientras venía á mi oficina, he tenido un alegre pensamiento. Un día—me he dicho—tal vez dentro de un año, quizá dentro de diez, me será permitido ir á dar una vuelta por Provenza. ¡Con qué placer volveré á ver el árbol á cuya sombra me he sentado; el sendero por donde paseamos nuestros sueños de diez y seis años mis viejos amigos y yo! Estaremos todavía juntos y esto será una fiesta para nosotros. Viejos probablemente, más ó menos entrados en la vida de acción, viviremos durante un mes la vida de otro tiempo; ¡Ah! las bellas partidas, los largos charloteos, cómo nos reposarán en este pasado de las fatigas presentes! Este día llegará, id; probablemente habremos marchado largas horas; nos encontraremos separados, viviendo en mundos diferentes, innegablemente favorecidos por la suerte, no obstante no tendremos más que un alma para sentir el perfume vago de nuestra juventud. ¡Oh! el día esplendente en que tengamos la ventura de hablar de nuestros recuerdos!

Decididamente estoy regocijado en mi tristeza de hoy. Voy á trabajar hasta media noche, y si hago un buen verso, como hice uno ayer, esta será mi provisión de alegría para mañana. ¡Soy un pobre loco!

Me encuentro bien, un poco solo. Resueltamente hace falta que en noviembre mi corazón se una á otro; una visión es buena á los diez y seis años; á los veinte, y cuando se lleva una vida como la mía, hace falta una realidad. El trabajo codicioso y encarnizado, no basta para poder olvidar. Estoy convencido de que nada apaga el apetito como comer mucho. Tengo un hambre atroz. No sé lo que acabo de escribir, pero me inquieta poco. Quería decir sencillamente que me descuidáis, no he necesitado esforzarme para lle-

nar las cuatro páginas, puesto que el papel estaba en blanco y yo tenía una pluma. ¿Qué hacéis? ¿Por qué ese silencio? En amistad no hace falta estrechar lentamente, sino vivamente.—Espero una carta; ¿me la haréis esperar mucho tiempo? Espero, constantemente la copia de Pablo.—Ayer un pájaro que venía del Sur ha pasado sobre mi cabeza y le he gritado: «Pájaro, amiguito mío, ¿no has visto allá abajo por el camino un cuadro vagabundo? Nada vi, me ha respondido, más que la polvareda del camino. Vaya, eres muy desventurado, se te olvida.» ¿Ha mentido, no es verdad?

EMILIO ZOLA.



CARTAS A CEZANNE

XXVII

París, 30 diciembre 1859.

Mi querido amigo:

Quiero contestar á tu carta y no sé qué decirte. Me hallo delante de cuatro páginas en blanco y no tengo que anunciarte la más mínima novedad. No importa, dejo correr la pluma y te advierto por anticipado que no quiero ser responsable de las vulgaridades y faltas de ortografía que pueda cometer.

He pensado que Baille no ingresará en el colegio hasta primeros de año. Si no me equivoco esto te habrá dado un compañero durante unos días más. ¿Qué haces? Me aburro aquí; á veces creo que os divertís; pero, cuando reflexiono, pienso que ocurre lo mismo en todas partes y que en nuestros tiempos la alegría es una cosa muy rara. Entonces os compadezco como á mí mismo, y pido al cielo una dulce paloma, quiero decir una mujer amante. No sabes lo que rueda por mi cabeza desde hace algún tiempo. Como no te reirás de mí, te lo voy á confiar. Debes saber que Michelet en *El Amor*, no principia su libro sino cuando el matrimonio se ha consumado, no hablando así más que de los esposos y no de los amantes. Pues bien, yo, el miserable, tengo el proyecto de describir el amor naciente y de conducirlo hasta el matrimonio. No puedes ver todavía la dificultad de esto que quiero emprender. Llenar trescientas páginas